

La Colección de Cuadernos Latinoamericanos de Educación reúne una serie de trabajos realizados por docentes de reconocida experiencia en los que se discuten y analizan los problemas de la educación en sus distintos aspectos.

Muchos de ellos representan para el docente verdaderas guías de trabajo pedagógico: esquemas de clases, canciones, ejercicios para el aula, planificación de contenidos, etcétera, que convierten al libro en un material vivo para el trabajo cotidiano.

Cuándo el adolescente elige una carrera o una ocupación, se siente frente a una situación nueva y compleja, que lo compromete personal y socialmente respecto a su futuro. Uno de los objetivos de esta Guía de Orientación Vocacional es colaborar con los adolescentes, los padres y docentes que deben afrontar la complicada tarea de ayudar a elegir.

El trabajo plantea, con lenguaje claro y seriedad técnica, las distintas etapas de este proceso, aclara los interrogantes

y las dudas a la vez que descubre los prejuicios y los tabúes más comunes, que influyen en forma negativa en el momento de la elección.

Martha Brea, Adela Leibovich de Duarte y Lucía Wolf, psicólogas argentinas, han volcado en este cuaderno parte de la valiosa experiencia profesional realizada hasta 1966, en el Departamento de Orientación Vocacional de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Actualmente realizan tareas de diagnóstico y de asesoramiento psicológico en el Policlínico Gregorio Aráoz Alfaro (Pcia. de Buenos Aires) y en la New York University. (USA)

OTROS TITULOS DE ESTA COLECCION

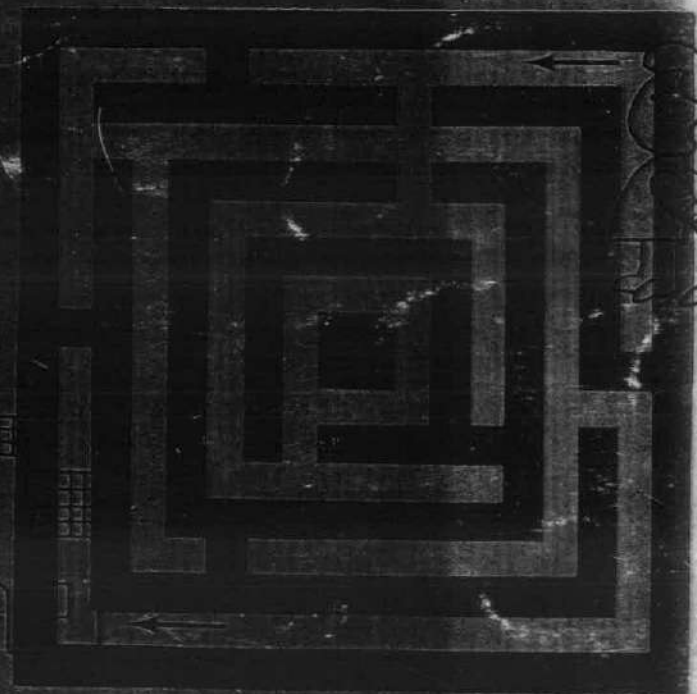
EL TRABAJO ESCOLAR EN PRIMER GRADO
Angela Martínez, Alicia Lucioni.

CANCIONES PARA LA MAMA, LA MAESTRA
Y LOS CHICOS, Ruth Fridman.

EL INGRESO EN LA ESCUELA PRIMARIA
I. Calvo, S. Bricht, T. C. de Spolansky,
I. Palacios, S. S. de Pravaz y E. T. de Levin
SISTEMA NERVIOSO Y APRENDIZAJE
Juan E. Azcoaga.

Guía de orientación vocacional

Martha Brea, Adela Leibovich de Duarte, Lucía Wolf



CUADERNOS LATINOAMERICANOS DE EDUCACION

Cuadernos Latinoamericanos
de Educación

**Guía de Orientación
Vocacional**

Martha Brea,
Adela L. de Duarte,
Lucía Wolf.

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA





Todos sabemos que realizar una elección es difícil y que el grado de dificultad de la tarea será tanto mayor cuanto más importante sea lo que se elige. Evidentemente, es diferente elegir un libro para leer en las vacaciones que elegir una ocupación para el futuro. Por ejemplo, alguien puede escoger una revista al pasar por un quiosco, leerla y llegar a la conclusión de que no le interesa. Aunque esta elección no haya sido satisfactoria, siempre le queda la posibilidad de optar por otra revista la semana siguiente, sin que esto modifique esencialmente su vida.

En cambio, cuando se trata de elegir una actividad para el futuro, esta elección no es intercambiable de semana en semana.

Para seguir con el ejemplo anterior, puede suceder que leamos más de una revista semanalmente, y que nos gusten todas por igual. Esto tiene una importancia relativa ya que es legítimo, en este tipo de elección, 'probar' y 'gustar' de una amplia gama de lecturas, sin la obligación de restringirse a una en especial.

En cambio, sería imposible elegir algunas ocupaciones simultáneamente, probarlas, gustarlas y mantenerlas a lo largo del tiempo.

También es distinto elegir —sea lo que fuere— a los siete, dieciocho o cuarenta años. Habitualmente, a los siete eligen por nosotros, aunque hay ciertas cosas que preferimos, que elegimos solos, como por ejemplo, los juguetes. A los dieci-

ocho, si bien estamos en condiciones de elegir, todavía a veces deseamos que elijan por nosotros. Así, elegimos nuestra ropa, no admitimos que otros elijan nuestros amigos, y —menos aún— nuestra pareja. Sin embargo, hay ocasiones en las que elegir se nos vuelve más difícil y quisiéramos que otra persona nos ayudara y, hasta por momentos, que eligiera por nosotros. A los cuarenta años, en cualquier situación, se espera que una persona, aunque consulte con otros o intercambie opiniones, asuma ineludiblemente la responsabilidad de su elección.

X Hasta ahora hemos hablado de elegir, de hacer una elección. Pero, ¿qué significa elegir? ¿Todos podemos elegir? Cuando debemos hacer algo sí o sí y no tenemos opciones, ¿estamos eligiendo? Parecería que no. Por ejemplo, si a los diez años debemos trabajar para contribuir al sostenimiento de nuestra familia y entonces es preciso dejar la escuela, ¿tenemos alguna otra opción? Cuando hacemos algo sin tener en cuenta alternativas, ¿estamos eligiendo? Cuando tenemos en cuenta las alternativas pero no están a nuestro alcance por razones diversas —condiciones sociales y/o económicas de nuestra familia, o situaciones críticas por las que atraviesa nuestro país—, ¿estamos eligiendo? Parecería que tampoco. Es decir, que cuando se nos plantea una situación en la que no tenemos opciones o alternativas, determinadas ya sea por situaciones personales o sociales, no podemos hablar de elección. Para poder hablar de elección, de elegir, deben darse ciertas condiciones debe haber más de una posibilidad de modos de actuar, más de una cosa elegible y, principalmente libertad para elegir. Esto no quiere decir que somos absolutamente libres para elegir lo que queremos; muy por el contrario, nuestras elecciones están siempre determinadas por múltiples causas que podríamos englobar en:

1. individuales (condiciones físicas, manera de ser, nuestra historia personal y familiar, nuestro modo de representarnos y actuar sobre la realidad, intereses, habilidades, etcétera) y socio-económicas (pertenencia a una determinada clase social, disponibilidad de medios económicos, momento histórico que nos toca vivir, —en particular de nuestro país y sus vicisitudes políticas que promueven o reprimen nuestras posibilidades de pensar y actuar—). Estas causas no son excluyentes sino que se interrelacionan permanentemente a lo largo de nuestra vida. A partir de ahora, cada vez que hablamos de elegir nos referimos a la elección con las características de determinación que mencionamos anteriormente.

2. Cuando elegimos podemos hacerlo de más de una manera. Si pensamos un poco en esto vemos que, cuanto más desconocidas son las alternativas, las posibles cosas a elegir, más difícil se hace la elección o —muchas veces— más arbitraria. ¿Más arbitraria? Sí, en el sentido de que siempre para elegir apelamos a algún criterio, aunque no siempre lo tengamos presente cuando elegimos. Y muchas veces, si no conocemos de qué se trata lo que elegimos, nos guiamos por criterios prestados tales como tiene lindo nombre, o me dijeron que es lindo, o bueno. Cuando conocemos o tenemos información sobre las posibilidades a elegir, es decir, cuando sabemos de qué se trata en realidad cada cosa, nuestra elección deja de ser arbitraria. Así, cuando elegimos, apelamos a criterios que, cuanto más toman en cuenta las características de lo que elegimos, nos ayudan a hacer una mejor elección.

Vimos antes que realizar una elección es difícil y que el grado de dificultad es mayor cuanto más importante es lo que se elige. Detengámonos a preguntarnos, ¿qué significa

v más importante? Dijimos que era distinto elegir una revista que una ocupación porque hay cosas que tienen un valor circunstancial. Podemos cambiar la revista cada semana, o comprar varias si nos gusta más de una. Hay, en cambio, otras cosas que tienen un valor más permanente, que inciden más en nosotros en tanto suponen consecuencias futuras, como lo es una ocupación. Cuando hacemos este tipo de elección nos sentimos más en juego nosotros mismos. Es una elección importante y por eso más difícil. O sea que requiere más atención y un mayor compromiso de nuestra parte. Compromiso con nosotros mismos y compromiso con nuestro país y con la sociedad en general que espera de nosotros que contribuyamos a su progreso técnico, científico, cultural, social, económico y político. Para ser útil, nuestra contribución puede asumir la forma de trabajo o estudio.

En tanto la elección de una ocupación es importante, se hace necesario conocer mejor cómo somos, cuáles son las posibilidades que se nos ofrecen para elegir, y qué queremos para nosotros y de nosotros mismos. Al conocer las alternativas, las posibilidades que tenemos, podremos saber mejor a qué atenernos: sabremos que elegimos sobre una base más real y segura, no arbitraria. Por consiguiente, las posibilidades de equivocarnos serán menores, y menor también la incertidumbre.

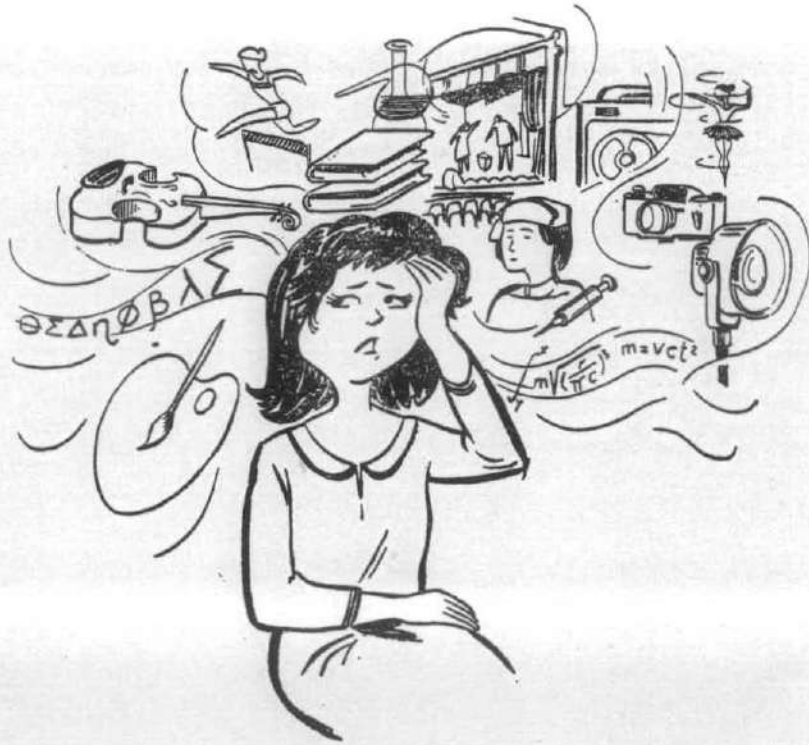
La razón de esta Guía es poder colaborar con los que se encuentran en la complicada tarea de elegir una ocupación para el futuro. Y tratar de que resulte menos complicada. Pero esta Guía no es una receta, ni un decálogo del buen elector, ni una fórmula mágica para elegir en un día, ni en una semana. Es una Guía y, como tal, inútil para el que espera que lo sustituya en la tarea personal de elegir.

Porque este libro, para usar una analogía, intenta ser un buen guía de montaña que conoce los caminos adecuados y los obstáculos que presentan; que señala con qué elementos es necesario contar para emprender el camino; que trata de prevenir las dificultades, los posibles peligros, las equivocaciones, los rodeos inútiles. Pero que no hace el camino por nosotros. Como cada persona es diferente y los caminos posibles son distintos, cada uno encontrará —con la ayuda de la información necesaria y adecuada— su modo personal de resolver las situaciones problemáticas, de salvar los obstáculos y de llegar a la cima.

La tarea de elegir una ocupación marca el comienzo de un cambio en nuestra situación vital: dejaremos de ser pasivos, de recibir únicamente, y pasaremos a ser activos, a ocuparnos de una tarea en la comunidad. Mientras estamos eligiendo, nos pre-ocupamos.

Nuestra intención es acompañarlos en este cambio, mostrándoles aspectos de la realidad en los que es necesario reparar, proponiéndoles revisar ideas y concepciones que hasta ahora aceptaron sin examinar. Esto último no siempre es agradable porque a veces nos duele aceptar lo nuevo en tanto implica abandonar lo viejo.

Elegir una ocupación es, entonces, una preparación para el cambio personal y social. Una vez que hemos elegido, que hemos tomado la decisión, la experiencia recogida no pierde valor. Más bien, este aprendizaje nos permitirá enfrentar en mejores condiciones toda situación que suponga cambios, que nos exija pensar, comprometernos y contribuir tanto al progreso personal como social.



En este capítulo vamos a referirnos concretamente a la *elección vocacional*. Juntos vamos a pensar cómo surge, se desarrolla y culmina en lo que podemos llamar la *decisión vocacional*.

Está muy difundido —y todos lo sabemos— que por *vocación* se entiende comúnmente un *llamado interior*, algo así como un descubrir súbitamente de la noche a la mañana, lo que uno quiso y querrá ser toda la vida. Esto es lo que afirma el saber popular.

Lamentablemente, esta versión condiciona en uno mismo una determinada actitud: no ser el actor principal de la elección, sino permanecer en un papel pasivo y secundario, esperando la aparición del *llamado*, y, por consiguiente, no asumiendo una actitud activa y responsable frente a la elección.

Sin embargo, es posible que nos encontremos con alguien que haya tenido la suerte de escuchar ese *llamado interior*, es decir, alguien que *sabe* cuál es su vocación. Esa persona podría decirnos por ejemplo: “Mi vocación es la medicina”. Si le preguntáramos cómo hizo para elegir, para descubrir su vocación, seguramente nos respondería: “Es así, siempre lo supe, no sé cómo hice para elegir”. Y, posiblemente, no nos pueda explicar por qué la medicina es su vocación. Suena a conejo sacado de una galera de mago. Sucede que, planteada en esos términos, la vocación es algo misterioso, irracional, imposible de comprenderse y de explicarse a los

demás. De este modo, en relación con la elección vocacional, habría dos clases de personas:

- a) los *privilegiados* que han encontrado su vocación, que han sabido *oír ese llamado interior*; y
- b) los *desheredados* que no poseen ninguna vocación y que no tienen acceso al mundo misterioso de los *llamados interiores*.

Si consultamos un diccionario para saber qué quiere decir la palabra *vocación*, encontraremos, por ejemplo: "*inspiración con que predestina la Providencia a cada criatura para un poder determinado*"¹, lo que confirma el saber popular. O sea que la vocación sería un don innato que estaría dentro de cada uno de nosotros, y para descubrirla habría que estar *inspirado*.

Si tomamos al pie de la letra esta concepción de la elección vocacional corremos el riesgo de equivocarnos desde el comienzo de nuestro camino. Es nuestro propósito guiarlos sugiriéndoles abandonar por ahora esta concepción; vamos a *pensar* sobre ella y luego la aceptaremos si resiste el análisis a que la sometemos, o la rechazaremos si encontramos que no nos sirve.

Veamos cómo se plantea el problema de elegir una ocupación si partimos del supuesto de que la vocación no es innata, ni misteriosa, ni únicamente accesible por medio de la inspiración. Es decir que partiremos de otro supuesto:

¹ Pequeño Larousse Ilustrado, París, Librería Larousse, 1948, página 955.

que la vocación *se adquiere* a lo largo del tiempo, que debe tener una *explicación racional*, que en lugar de un *saber súbito* va surgiendo en un *proceso* en el que nos cabe a nosotros mismos un *papel principal, activo y responsable*, y que todo esto nos obliga a *PENSAR*.

¿Cómo podríamos explicarnos —si no pensáramos así— que Albert Einstein haya llegado a ser un científico tan destacado del siglo XX, habiendo sido un alumno del montón en su juventud? Del mismo modo, nos sería difícil comprender que una arquitecta, segura de que su vocación es la arquitectura, haya creído desde su infancia que llegaría a ser maestra. Con estos ejemplos queremos demostrar que la vocación no es innata; de ser así, Einstein no hubiera sido un científico de renombre, y del juego de la maestra no hubiera surgido una arquitecta.

No existen, pues, "*genes*"¹ de la ciencia, la arquitectura o la docencia heredados por cada uno de nosotros. Por lo tanto, *la vocación no puede ser innata*.

No obstante, cada uno de nosotros tiene características propias —algunas de ellas presentes desde el nacimiento— y otras adquiridas a lo largo de la vida. *Vamos a ocuparnos de estas últimas.*

Además de lo que nos enseñan en la escuela, adquirimos o aprendemos muchas otras cosas: a relacionarnos con los demás, a utilizar nuestro tiempo libre (lecturas, cine, teatro, bailes, televisión, etcétera), a conocer la naturaleza, a adaptarnos a las costumbres del lugar en que vivimos (ciudad,

¹ Unidades hereditarias presentes en las células que controlan la transmisión de las características físicas en los seres vivos.

campo, pueblo), a opinar y juzgar sobre hechos y personas, a enterarnos de lo que pasa en el país y en el mundo, y otras múltiples experiencias personales que vivimos en función de cómo somos. Estos ejemplos se refieren a cosas que aprendemos, que adquirimos, que no son innatas, si bien con el tiempo se nos hacen tan familiares y corrientes que parecería que siempre fueron así, que vinieron al mundo junto con nosotros.

Estas adquisiciones —de las que hemos dado unos pocos ejemplos—, que nos parecen obvias por ser cotidianas y corrientes, constituyen una parte importante de nosotros mismos, y tienen sumo valor en el proceso de la elección vocacional. ¿Podría alguien ser agrónomo sin gustarle la vida al aire libre? ¿Podría alguien dedicarse a la enfermería disgustándole el trato con los demás? ¿Podría alguien ser relojero no gustándole la vida sedentaria? Creemos que no. No obstante, no es habitual que pensemos que el gusto por la vida al aire libre, el trato con los demás o la vida sedentaria tengan alguna relación con la elección de nuestra ocupación. Es más común que pensemos si nos gustan o no las materias que tenemos en la escuela, en experiencias de aprendizaje extra-escolar (dibujo, música, idiomas), en las que también es importante pensar, pero sin desmerecer experiencias que aparentan ser insignificantes y que tenemos que revalorizar.

Por ejemplo, todos somos curiosos desde nuestra infancia y, reflexionando, podremos recordar algunas investigaciones que hemos llevado a cabo: desarmar un juguete, preguntar acerca de los fenómenos naturales, criar animales domésticos o plantas. Vale la pena volver a pensar sobre todo esto porque forma parte de nosotros mismos; pero de ninguna manera debemos considerarlo como un hito del destino que

nos conduce indefectiblemente al nombre de nuestra ocupación. El haber criado animales domésticos cuando éramos chicos no nos vuelve veterinarios de grandes.

Por lo tanto, todas las experiencias vividas, el ambiente en que crecimos, las personas con que nos vinculamos, lo que aprendimos en la escuela, van preparando el terreno, y se actualizan cada vez que tenemos que elegir algo, ya sea un amigo, un deporte, una lectura, un pasatiempo o una ocupación.

Esto parece muy evidente y, sin embargo, cuando enfrentamos la elección de nuestra ocupación, sucede con una frecuencia alarmante que nos olvidamos de todo lo que no tiene una relación directa con la ocupación. Es habitual oír el siguiente comentario: "Como me gustan la matemática, la física y la química, voy a seguir ingeniería", dejando a un lado cualquier otra reflexión al respecto. Reconocemos que es difícil pensar que en la elección de una ocupación están presentes ingredientes tan variados que abarcan nuestra vida hasta ese momento, así como nuestros proyectos y aspiraciones para el futuro. A esta altura, podemos afirmar que la vocación se va delineando progresivamente, que no surge por generación espontánea. Esto nos lleva necesariamente a pensar en la elección vocacional como un proceso y a descartar en forma definitiva la idea del llamado interior.

Algo similar podemos decir de nuestros intereses. Lo que llamamos *interés* o *inclinación* por determinado aspecto de la realidad, por ejemplo, la naturaleza; o por una determinada disciplina científica, por ejemplo, la biología; o por cierta actividad como la investigación genética, es la síntesis de

una serie de intereses que han ido surgiendo a lo largo de la vida.

Hagamos un esfuerzo y recordemos que, cuando éramos chicos, alguna vez pensamos y dijimos: "cuando sea grande voy a ser..." En esa época nos atraían los héroes de las historietas, distintos tipos de ídolos y personajes que nos fascinaban por alguna característica que hubiéramos querido poseer. Y jugábamos a ser el personaje que nos atraía, representando su papel.

Ésas fueron aproximadamente las primeras manifestaciones de nuestros intereses, expresados en forma simple, teñidos de fantasías propias de la edad que teníamos.

Más adelante, coincidiendo para muchos con la entrada en la escuela secundaria, nuestros intereses generalmente se diversifican, tomamos más en cuenta la realidad, empezamos a descubrir en ella diferentes facetas, aspectos que antes no nos preocupaban. Comienzan a atraernos quizá problemas sociales, políticos, filosóficos, o empezamos a interesarnos por los descubrimientos de la ciencia. Empiezan a interesarnos cosas que antes no conocíamos, o nos interesamos por cosas conocidas de manera diferente que cuando éramos chicos. Ya no jugamos al médico o a la maestra; y si decidimos ser jardineros, con seguridad será por nuestro interés en la naturaleza y, de ninguna manera, por divertirnos con una regadera. Llegado el momento de la decisión vocacional, ya no podemos *jugar a elegir*, guiándonos por el aspecto exterior de las ocupaciones.

Por consiguiente, podemos afirmar que nuestros intereses evolucionan, se desarrollan y cristalizan al promediar la adolescencia, a través de un permanente contacto con nosotros mismos, con la realidad, el ambiente y las personas que nos rodean.

Sin embargo, no debemos descartar las múltiples influencias que recibimos desde nuestra más temprana infancia a favor y en contra de nuestros intereses. Por lo tanto, tenemos que pensar, aunque sea complicado, hasta qué punto algo que nos atrae responde a un interés que nos es propio, o a influencias ajenas a nosotros mismos.

Hemos mencionado la *adolescencia* pero, hasta ahora, no hemos destacado la importancia que reviste esta etapa en relación con la elección vocacional. Ésta es prácticamente la primera elección importante que realizamos solos en nuestra vida y estamos obligados a realizarla porque la sociedad así lo exige. Para otras elecciones —como por ejemplo, la elección de pareja— la sociedad no nos exige que la hagamos a una edad determinada.

En la adolescencia —edad considerada de transición— queremos dejar de ser chicos y ser grandes de una vez; pero, al mismo tiempo, queremos seguir siendo chicos, no crecer, para no tener que asumir las responsabilidades de los grandes. Entonces, en el momento en que más nos importa saber quiénes somos, cómo somos, la imagen que tenemos de nosotros mismos es contradictoria. Y tampoco sabemos cómo conciliarla con lo que esperan los demás de nosotros...

Por supuesto que durante esta etapa de nuestra vida nos suceden muchas otras cosas; los únicos cambios que aquí mencionamos son los que se vinculan más de cerca con la elección vocacional, si bien estas características no son las únicas que nos definen como adolescentes. Pensamos que la elección de una ocupación es como un pasaporte para entrar en el mundo de los adultos.

Nuestro problema es cómo conciliar quiénes somos, cómo fuimos, quiénes queremos ser, qué quieren los demás que seamos, qué queremos hacer, qué posibilidades nos brinda el país en que vivimos para hacerlo. Es decir que tenemos que hacer un balance entre lo que somos, lo que fuimos cuando éramos chicos, nuestros proyectos para el futuro, lo que los demás esperan de nosotros, nuestra ocupación y las posibilidades que nos brinda el lugar en que vivimos.

En una palabra: nos elegimos a nosotros mismos correlacionando la versión de lo que somos con las oportunidades que el medio nos ofrece para nuestra realización personal.

Elegir una ocupación supone, entonces, el logro de una autodefinición social en la que se conjugan pasado, presente y futuro.

¿Cómo lo logramos? A través de un largo proceso en el que pasamos por períodos de duda, conflicto, temor. Son vicisitudes desagradables por las que todos atravesamos, a veces sin percatarnos, y otras sintiendo dificultad para expresarlas. Veamos algunos de los conflictos más frecuentes.

Se nos puede plantear el problema de elegir siguiendo con la tradición ocupacional de la familia; por ejemplo, continuar con el taller, estudio, empresa, consultorio, etcétera, de algún pariente cercano. De este modo veríamos facilitado nuestro desempeño ocupacional futuro, y nos ahorraríamos el esfuerzo de elegir por nosotros mismos. Si la tarea en cuestión nos interesa, el problema será descubrir hasta dónde ese interés nos es propio, y hasta dónde está facilitado y sugerido por las circunstancias. Si la tarea no nos interesa, corremos el riesgo de *tentarnos* frente a la

posibilidad de tener el futuro asegurado, algo que no estaría garantizado en ninguna otra elección vocacional que hiciéramos. Pero si decidimos romper con la tradición familiar eligiendo según nuestros propios intereses, contrapuestos a esa tradición, tendremos que asumir el peso de la responsabilidad. A partir de entonces, en los diálogos que seguramente surgirán con nuestros familiares, deberemos estar preparados para mantener y refirmar nuestra decisión. He aquí un diálogo entre un padre y un hijo que ilustra lo que queremos decir:

—“No es que quiera meterme... pero si estudiaras ciencias económicas podrías contribuir al desarrollo de la fábrica, y no tendrías que buscar trabajo cuando te recibas. Además... ¿para qué sirve un licenciado en física?... ¡Te vas a morir de hambre...!”

—“No te enojés, papá; yo te voy a explicar por qué quiero seguir física. Primero, porque me gusta; vi el plan de estudios, me gustan las materias, estuve en la facultad, hablé con estudiantes y profesores. Me mostraron un laboratorio y me explicaron en qué trabajan los licenciados en física. Además, he pensado mucho en mí mismo. No podría ser útil en la fábrica porque tendría que trabajar en algo que no me interesa. Hacerte el gusto implicaría para mí estudiar y trabajar forzado, y eso no dejaría satisfecho a ninguno de los dos.”

Siguiendo con este ejemplo, pensemos que ningún padre se enojará si ve a su hijo satisfecho con lo que hace, aunque no sea exactamente el futuro que soñó para él. Suele suce-

der que muchos padres desean ver cumplidos en sus hijos los proyectos que ellos no pudieron realizar.

En todos los casos, lo que importa es que nos animemos a intercambiar opiniones sin hacer del diálogo un enfrentamiento irreversible.

Algo semejante nos puede ocurrir con los amigos y compañeros. Muchas veces nos sentimos *tentados* de elegir la misma ocupación que nuestros amigos porque pensamos que, de lo contrario, se rompería la amistad. Es natural que, al finalizar los estudios, queramos seguir conviviendo con nuestros compañeros de escuela. Entonces, corremos el riesgo de que, en nuestra elección, el factor decisivo no sean nuestros intereses sino el hecho de no separarnos de ellos.

No sería raro que oyéramos decir: "Voy a seguir fonología porque es lo que va a estudiar mi compañera de banco". Otra vez surge el problema de discriminar si se trata de un interés genuino o de una elección motivada por las circunstancias.

Pero no todos tomamos una decisión vocacional que entra en conflicto con nuestros familiares, amigos y compañeros. Algunos tenemos una idea de lo que nos gustaría hacer en el futuro, y no es raro que lo comentemos en el colegio, tratando de conocer la opinión de algún profesor que, como nos conoce, pensamos que nos podría ayudar. Aquí los conflictos surgirán de comentarios como los siguientes:

1. "Como profesora de Dibujo, le aconsejo no seguir arquitectura porque no tiene la menor idea de cómo se dibuja."
2. "No es que no sea inteligente, m'hijito, pero, con lo que le cuesta estudiar, es mejor que se busque un trabajo."

3. "Señorita... ¡Ingeniería! Eso no es para una mujer."
4. "Si no aprende a ser prolija y ordenada, ¿cómo se le ocurre que va a poder ser modista?"
5. "En lugar de pensar tanto en divertirse, podrían ocuparse de pensar en lo que van a hacer el año que viene."
6. "Para ser vendedor es indispensable saber hablar con propiedad, y eso no es lo que usted demuestra cuando lo llamo a dar la lección."
7. "Su facilidad para la Química puede aprovecharse en muchos campos, no solamente en un laboratorio. Antes de tomar una decisión definitiva, explore otros campos, y no se deje llevar sólo por esta facilidad."
8. "Yo se lo digo porque enseño Historia. Es un campo difícil, árido y poco remunerado. Hay que tener mucha voluntad, olvidarse de las diversiones y estudiar mucho. Y todo para terminar enseñando en un colegio, porque no hay otro campo para los licenciados en historia."
9. "Yo te comprendo porque a tu edad pensaba ser aviador y nadie me podía convencer de lo contrario. Y ya ves... soy abogado y me dedico con gusto a la docencia."
10. "Jovencito... Si usted es incapaz de respetar a su profesor y de cumplirle, el día de mañana, ¿cómo va a respetar a su jefe y cumplir con sus obligaciones?"

Los ejemplos abundan; como éstos existen muchos otros. Pero veamos los que hemos mencionado aquí.

Es muy común oír hablar de las *aptitudes* como dones que poseemos o nos son negados para realizar determinada

tarea o actividad. Esta concepción tiene que ver con la idea de la vocación como *llamado interior* que ya analizamos. En el primer ejemplo se alude a la necesidad de tener una aptitud específica —innata— para una ocupación determinada. Conviene señalar que la Facultad de Arquitectura enseña a dibujar, y no pretende que ingresen eximios dibujantes, sino personas interesadas en el sentido de la arquitectura, en la tarea de los arquitectos, y dispuestos a aprender. La escasa facilidad para el dibujo puede dificultar el aprendizaje pero nunca impedirlo; del mismo modo, el ser buen dibujante no asegura el éxito futuro como arquitecto.

Veamos otro ejemplo. Supongamos que nos regalan una máquina para sacar fotos, la primera que vamos a tener. Hasta entonces, no nos interesaba la fotografía; si entonces alguien nos hubiera preguntado si teníamos aptitudes para sacar fotos, hubiéramos contestado rotundamente que no. Sin embargo, una vez que empezamos a familiarizarnos con la máquina, comenzamos a obtener buenas fotos, y descubrimos que —a medida que pasa el tiempo— vamos siendo cada vez más diestros. Al mismo tiempo, nos empiezan a interesar todos los aspectos vinculados con la fotografía: procesos de revelado, diferentes tipos de película, problemas de iluminación. Ahora, una vez que hemos *aprendido* a manejar la máquina, no dudamos en responder que tenemos aptitudes para la fotografía.

En síntesis: el aprendizaje y la ejercitación hacen posible la consolidación de las aptitudes requeridas para el buen desempeño en cualquier actividad. Esto mismo es válido para las ideas contenidas en el cuarto y sexto ejemplo.

Otras veces, lo que nos confunde es que nos planteamos disyuntivas falsas; es decir que se trata de alternativas que

aparentemente se contraponen, pero que se pueden conciliar. En el tercer ejemplo aparece la idea de que la ingeniería no es una carrera para la mujer. Esto implica creer que existen carreras para mujeres y carreras para varones, según se suele pensar, siguiendo la tradición. En el capítulo siguiente nos referiremos a esta forma de pensar sobre las ocupaciones.

También es falso creer que no se puede conciliar el estudio y el trabajo con las diversiones. Pensar así implica creer que cualquier tipo de estudio y/o trabajo exige que dejemos de ser personas, y esto es absurdo (ejemplo 5).

Otra opción falsa consiste en creer que si somos *vagos* para estudiar, estamos irremediabilmente condenados a trabajar. Ser *vago* en la escuela no es síntoma de *vagancia crónica*. Además, parece existir una cierta relación entre dedicación al estudio e interés. Por ejemplo, podemos ser *vagos* salvo para las materias que nos interesan (ejemplo 2). Las ganas de estudiar, trabajar o dedicarnos a una tarea específica aparecen sólo cuando estamos interesados por lo que hacemos (ejemplo 3). Por otra parte, la falta de respeto o el incumplimiento para con un profesor del colegio, no es un índice de incapacidad para manejarse correctamente fuera de la escuela (ejemplo 10).

Es muy común —y falso también— pensar que el trabajo manual es opuesto al trabajo intelectual, y que ambos se excluyen. De allí que se afirme que quienes son *vagos* no pueden aspirar al terreno del estudio y el razonamiento y, por lo tanto, no les queda más remedio que dedicarse a alguna tarea manual. Esta creencia parte de una concepción del mundo y de la vida muy dividida. No es difícil comprobar, sin embargo, que el razonamiento no se excluye del trabajo manual ni éste de la tarea intelectual.

También podemos confundirnos cuando escuchamos opiniones a favor o en contra de determinada actividad, ya que no siempre es sencillo discriminar entre la opinión que la persona tiene de su actividad y lo que esta actividad es realmente. Ante esto debemos estar prevenidos; una persona a gusto con su ocupación nos contará maravillas, mientras que una disconforme tenderá sólo a mostrarnos los aspectos negativos (ejemplo 8).

Asimismo, debemos estar alertas frente a las indicaciones o consejos de aquellos profesores o maestros que, si bien merecen nuestro respeto y cariño por lo que nos enseñan, no siempre están en condiciones de asesorarnos en lo que se refiere a nuestras dudas vocacionales (ejemplo 9).

Hasta aquí nos hemos referido a los problemas que nos plantea la elección vocacional con la familia, los amigos y la escuela. Otros ámbitos con los que nos relacionamos también nos dan la ocasión de plantearnos nuestras dudas vocacionales; por ejemplo, personas de diversa índole, contacto directo con la realidad (visitar una obra en construcción, conocer un taller mecánico), las lecturas, la radio, los periódicos, revistas, programas de televisión, etcétera. De estos aspectos nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

Pasaremos ahora a analizar los conflictos que nos plantea la elección vocacional con nosotros mismos. Quizá este aspecto sea el más complicado de todos, más que nada porque implica tener en cuenta nuestras características personales, es decir, cómo somos. Anteriormente habíamos dicho que en el momento de la elección, la imagen que tenemos de nosotros mismos es contradictoria. Sin embargo, hay aspectos de nosotros mismos que conocemos bien, y en los que nos sentimos seguros. Esta seguridad, por lo general, se ve confir-

mada por la opinión de los demás. Por ejemplo, si en el colegio nos va bien, si somos capaces de enfrentar situaciones nuevas y salir airosos, si los demás se dan cuenta de ello, si somos capaces de aprender (en sentido amplio: un juego, un hobby, u otras actividades como la carpintería, cocinar, arreglar un enchufe), entonces no tenemos dudas sobre nuestra inteligencia.

En otros casos, no estamos seguros respecto a nuestras características personales. Todos tenemos cambios en nuestro estado de ánimo. En el momento de la elección vocacional, esto se refleja en que un día no nos gusta ninguna ocupación, otro día nos gustan todas; otro, estamos seguros de no poder decidirnos por una sola y queremos emprender varias actividades simultáneamente; otro día tenemos la seguridad de fracasar, cualquiera sea la elección que hagamos; y así sucesivamente.

Estos estados de ánimo pueden ser transitorios, o pueden constituir modos estables de nuestra manera de ser. Y es necesario que diferenciamos ambos aspectos. Pensemos que la elección vocacional no es una situación aislada, un proceso aparte de nuestra persona, meramente forzado por las circunstancias. Elegimos ahora, en el presente, pero —cómo ya hemos dicho— con todo lo que somos y fuimos.

Entre nosotros puede encontrarse —por ejemplo— alguien que siempre haya tratado, y trate todavía, de evitar las situaciones en las que hay que tomar una decisión. Concuerda con esta manera de ser que, quien tiene esta modalidad personal, trate de evitar la decisión sobre su futuro ocupacional.

Otra forma de ser es la de quienes viven encerrados en sus pensamientos y en su mundo, que se relacionan poco con los demás, y que —si bien son capaces de elegir— es posible

que lo hagan de acuerdo con lo que creen que las cosas son, y no de acuerdo con lo que son en realidad. Enfrentados con la realidad, se desilusionan.

También podemos encontrar a alguien que está contento y seguro de su elección —vocacional u otra— que nos habla mucho al respecto y nos convence. Pero, llegado el momento de la decisión, nos desconcierta eligiendo algo distinto de lo que había dicho antes.

Estos ejemplos aluden a modalidades personales que no son ni buenas ni malas, ni mejores ni peores que otras, sino que constituyen lo que podríamos llamar el estilo personal de cada uno, que se manifiesta tanto en nuestra vida cotidiana como cuando elegimos una ocupación para el futuro.

Debido a la complejidad de nuestro mundo interior, hay aspectos que pese a ser partes de nosotros mismos, no conocemos bien o pueden incluso pasar desapercibidos. No se trata de algo misterioso ya que —gracias a los descubrimientos del siglo XX— sabemos que existen aspectos de nosotros mismos de los que no nos damos cuenta, pero que actúan desde dentro de nosotros motivando nuestra conducta. Estos aspectos no concientes que actúan en la elección vocacional son los más difíciles de detectar. Trataremos de aclararlos a través de algunos ejemplos.

Supongamos que decidimos seguir la carrera de aviador y que nuestros padres se oponen argumentando que es una ocupación peligrosa, situación que nos molesta a tal punto que estamos pensando modificar nuestra decisión. En esta actitud puede estar escondido nuestro propio miedo a volar, que *no percibimos* en nosotros mismos, adjudicándolo, en este caso, a nuestros padres.

Otro ejemplo. Una chica ha terminado sus estudios y decide no seguir estudiando en contra de la opinión de su

madre que la alienta a hacerlo, diciéndole que una carrera siempre es útil en la vida. Esta chica puede rebelarse contra su madre, *sin darse cuenta* de que esta rebelión es contra su propio deseo de seguir estudiando que no sabe cómo conciliar con su deseo de dedicarse al hogar.

Hasta aquí hemos visto los conflictos que surgen cuando emprendemos la tarea de elegir una ocupación para el futuro. Veamos ahora *soluciones* posibles. Decimos soluciones, en plural, porque ya hemos hablado de la elección vocacional como proceso en el que surgen muchos problemas que exigen distintos tipos de soluciones. Lo más frecuente es pensar que hay *una* solución, que es el nombre de la carrera o actividad futura, en lugar de ir pensando en el modo de solucionar las dificultades que surgen en cada momento del proceso.

Todos tenemos un deseo común: quisiéramos saber hoy qué ocupación vamos a desempeñar, o qué carrera vamos a seguir y no tener dudas al respecto. Incluso es posible que nos reprochemos por no haber decidido aún. Aunque éste sea un deseo legítimo, no debe escapársenos que no es la primera solución que debemos tratar de lograr.

Es *importante* que podamos pensar adecuadamente en nosotros mismos y sin ninguna urgencia. Es preferible darnos tiempo y elegir bien que apurarnos y elegir mal, aún cuando nos exijan que lo hagamos. Si las circunstancias nos presionan; si nos molesta no haber decidido; si nuestros amigos ya eligieron; si nuestros padres nos reprochan nuestra indecisión, entonces puede ser que se nos ocurra elegir algo al azar para aliviarnos y satisfacerlos. En este caso, lo que aparenta ser una solución es un grave error para nosotros mismos. Tarde o temprano desistiremos y recién entonces —lamentablemente— nos daremos cuenta de algo que pudo ser prevenido. Por eso es imprescindible respetar nuestro

propio ritmo y hacer que los demás también lo respeten. Lo mismo es válido para nuestros gustos, intereses, modalidades, preferencias. Pero si queremos ser respetados por los demás, antes tenemos que aceptarnos nosotros mismos.

Si nuestros amigos ya han elegido y nosotros no, en lugar de lamentarnos por nuestra desgracia y envidiarlos por su privilegiada situación, ¿por qué no averiguar cómo hicieron para decidirse? Es *importante* que charlemos con ellos porque nos pueden ayudar a pensar en aspectos que no hemos tenido en cuenta hasta ese momento. Y esto, lejos de avergonzarnos, debemos considerarlo como un paso adelante en nuestro camino hacia la decisión.

A veces nos resulta difícil hablar con nuestros padres acerca de nuestras dudas. Puede ser que estemos hartos de su insistencia para que nos decidamos de una vez. Si nos dejamos estar, esa insistencia puede servirnos para que asumamos un papel activo frente a la elección, siempre y cuando tengamos, como decíamos antes, también en cuenta nuestras necesidades. Sin embargo, el considerar nuestras necesidades no debe impedirnos tomar en cuenta lo que ellos nos dicen. Es *importante* poder mostrarles nuestra seguridad y procurar —aunque sea difícil— extraer del diálogo lo que pueda sernos útil. ¿Por qué, en lugar de pensar que su única intención es molestarnos, no pensamos que en sus palabras puede estar encerrando algo que nos puede ayudar?

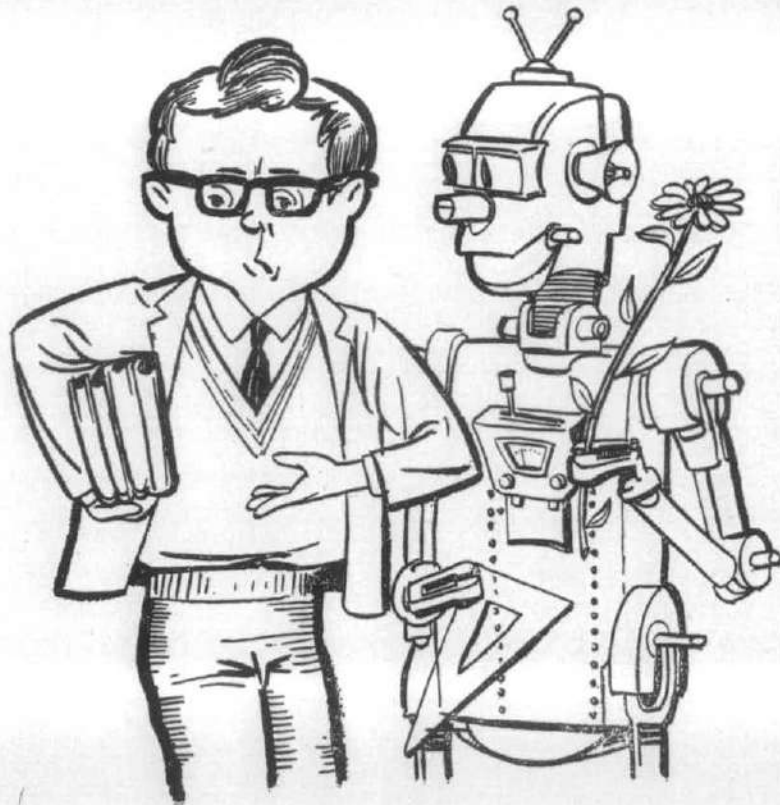
Otro tanto puede suceder con nuestra experiencia escolar. De todo lo que nos enseñan nuestros maestros y profesores tenemos que tratar de descubrir qué es lo que nos puede ayudar y qué es lo que nos desvía o dificulta el camino hacia la decisión. ¿Por qué no aprovechamos los años que pasamos en la escuela para averiguar datos sobre las ocupaciones, sobre la vida de los profesionales, sobre el estado actual de los conocimientos en todos los terrenos, sobre las posibilida-

des que nos brinda nuestro país? Si bien estos temas no están habitualmente incluidos en los programas de estudio, la escuela es uno de los lugares encargados de dar esa información. Es *importante* tomar la iniciativa y animarse a mostrar nuestra curiosidad al respecto, aunque a veces la escuela nos defraude.

Todo lo que podamos averiguar, tanto pensando en nosotros mismos como preguntando y dialogando con los demás, nos irá dando la base para solucionar nuestro problema. Los datos que vayamos incorporando podrán ser contradictorios, nos podremos sentir confundidos, desalentados y —a veces— hasta desesperados. Estas vicisitudes u otras, según sea nuestra modalidad personal, no deben hacernos claudicar en este camino que es el que nos llevará a la decisión.

En el capítulo siguiente veremos en detalle la necesidad e importancia de visitar lugares de estudio y trabajo, de conversar con personas vinculadas tanto a las tareas que nos interesan como a las que no nos interesan, de pensar sobre opiniones contrapuestas, juicios, valoraciones, como parte de las tentativas de solución.

Finalmente, si somos absolutamente honestos con nosotros mismos reconociendo que la elección vocacional es *una tarea personal*, que supone nuestro *compromiso activo y responsable*, que lleva *tiempo* y cuesta *trabajo*, descartaremos para siempre la idea de estar *inspirados* para *escuchar* el *llamado interior* de la *vocación*. Desde esta perspectiva, necesitamos pensar en nosotros mismos como personas que crecimos en una familia, que vivimos en este país, en este momento, con nuestras experiencias de vida pasadas y presentes, y nuestros proyectos para el futuro. Este *pensar* no es una metáfora; supone un esfuerzo y *es un trabajo*, una actividad como pueden serlo el estudiar o el trabajar.



La elección vocacional es un modo de relacionarse con la realidad exterior. En tanto se trata de una *relación* entre nosotros y el mundo, sería absurdo plantearse el problema ya sea sólo desde el punto de vista personal, o sólo desde el punto de vista de las ocupaciones. En el capítulo anterior nos ocupamos de entender el proceso de la elección vocacional sobre todo desde el punto de vista *del que elige*. Si pensamos que la elección vocacional nos llevará a encontrar nuestro *modo de ser en el mundo del trabajo*, tendremos que intentar un acercamiento en el conocimiento de ese mundo. La división entre aspectos personales del proceso de la elección vocacional y conocimiento de las ocupaciones, es artificial pero útil para comprender el problema. Si antes hablamos *del que elige*, ahora hablaremos de *lo que se elige*, sin olvidarnos que no se trata de dos aspectos excluyentes sino mutuamente relacionados.

Nos referiremos, entonces, a las ocupaciones, sus características, los modos de conocerlas, de apreciarlas, los procesos de cambio que han sufrido a lo largo del tiempo, y su ubicación en el panorama de nuestro país.

En realidad, no es ésta la primera vez que vamos a entrar en contacto con las ocupaciones, ni tampoco será una novedad absoluta el quehacer, el modo de vida, los lugares de trabajo y la misión de los que en ellas se desempeñan. Nuestro contacto diario con el ambiente que nos rodea desde la infancia nos ha proporcionado —quizá de manera no

coherente y tal vez ni siquiera conciente— un cierto conocimiento de las ocupaciones.

Todos tenemos una idea sobre el trabajo de las personas que conocemos o que hemos consultado alguna vez. Estamos familiarizados con la tarea de los médicos, dentistas, profesores, yeseros, vendedores, músicos, electricistas, mecánicos, tintoreros, locutores, etcétera. Y existen otras ocupaciones que no conocemos mucho porque quienes las desempeñan no entran en contacto —habitualmente— con nuestra vida cotidiana. Tal vez podríamos incluir aquí a los físicos, antropólogos, cartógrafos, escenógrafos, guardabosques, etcétera. Finalmente, hay otras ocupaciones que nos son totalmente desconocidas: la de los actuarios, enólogos, zootécnicos, ictiólogos, trafiladores, catadores, etcétera. Es decir que algunas ocupaciones nos son familiares; de otras, conocemos sólo el nombre, y de otras no tenemos ninguna noticia.

Para nuestro quehacer cotidiano esta información que poseemos es suficiente. Pero, en cambio, ¿podemos permitirnos elegir una ocupación para nuestro futuro únicamente sobre la base de ese conocimiento incompleto? Creemos que sería injusto con nosotros mismos. Para sernos de utilidad, el conocimiento que ya tenemos sobre las ocupaciones debe ser revisado, comparado y, hasta renovado.

Por ejemplo, todos tenemos una idea aproximada sobre la tarea de los ingenieros, sobre los estudios que han realizado, sobre los lugares donde trabajan. Una de las ideas más difundidas al respecto afirma que los ingenieros son personas, generalmente varones, con *mentalidad exacta*, que manejan muy bien la matemática, y que trabajan en proyectos muy importantes: grandes edificios, diques, caminos, industrias, etcétera. Si en la escuela hemos tenido un buen

desempeño en ciencias exactas, nos sentiremos atraídos por la ingeniería que es uno de sus campos de aplicación. En cambio, si por ejemplo la matemática nos ha dado trabajo, y si para peor somos mujeres, rechazaremos la ingeniería como posible elección. Hasta aquí, esto que sabemos no ha sido ni analizado ni comparado con datos de la realidad. Cuando nos acercamos a la Facultad de Ingeniería para hacer averiguaciones, surgen las primeras dudas: ¿todos los ingenieros de las distintas especialidades estudian lo mismo? ¿Qué tienen en común y en qué se diferencian un ingeniero civil y un ingeniero electromecánico? ¿En qué se diferencia un ingeniero químico de un licenciado en química y de un bioquímico? Junto con estas dudas tendremos que reconocer que, si bien tenemos un conocimiento global de lo que es la ingeniería, no todos estamos en condiciones de describir con precisión cómo es la carrera y cómo es la tarea de los distintos tipos de ingenieros.

Este ejemplo puede multiplicarse por todas las ocupaciones que conocemos. No obstante, esto no descarta nuestro conocimiento *espontáneo* de las ocupaciones. Por el contrario, su revisión es una parte importante del proceso de la elección vocacional. Sin embargo, pese a que constituye una base para comenzar nuestra búsqueda de datos sobre las ocupaciones, este conocimiento *espontáneo* tiene ciertas desventajas. Una de ellas es que está muy arraigado en nosotros, y por eso, la tarea de revisarlo y re-conocer las ocupaciones lleva tiempo. Otra, es que esto que hasta ahora sabemos nos hace difícil y, a veces, nos impide conocer las ocupaciones *tal como son*. Conocer una ocupación quiere decir, entre otras cosas, poder afirmar, por ejemplo: "La meteorología es..." O sea, emitir un *juicio* basado sobre el conocimiento de sus características, su contenido y fina-

X (lidad social. Sin embargo, puede ser que antes de conocer objetivamente, *tal como es* la meteorología, digamos: "La meteorología es difícil y aburrida; los meteorólogos no sirven porque nunca predicen acertadamente si va a llover o no." Este juicio que hacemos previamente a conocerla, que está teñido de sentimientos y, tal vez, de errores, es lo que llamaremos pre-juicio. En la medida en que abrimos juicios sobre las ocupaciones, ya sea en forma positiva o negativa, antes de conocerlas objetivamente, lo que tenemos sobre ellas es un prejuicio, no un conocimiento. Tomar una decisión vocacional sobre la base de prejuicios puede llevar a arrepentimientos, desilusiones y frustraciones, en el momento en que se descubre a la ocupación *tal como es* y no tal como pensábamos que era.

De este modo comprendemos la necesidad de ponernos a pensar y reflexionar, no dar cosas por sabidas o conocidas sin un previo examen de las mismas y su comprobación en la realidad.

En la medida en que nuestro mundo cambia, también se modifican las ocupaciones y las ideas sobre el trabajo. Por ello, lo que fue cierto y objetivo en otro tiempo, puede no serlo ahora y seguramente cambiará en el futuro. Entonces, conocer una ocupación será saber cómo era y cómo es y, en lo posible, imaginar cómo será en el futuro. Además, es ponernos en contacto con ella, revisar todo lo que sabemos desde hace tiempo, compararlo con la realidad, mirar, preguntar, leer y visitar los lugares donde trabaja la gente, interesarse por lo que hace, para qué lo hace, dónde lo aprendió, y cómo se relaciona con lo que se hace en otros lados. Por este camino, nuestro pre-conocimiento, nuestros pre-juicios, se convertirán en un conocimiento objetivo, actualizado y real. Sobre esta base es legítimo que juzgue-

mos si una actividad nos gusta o no, si es interesante o nos deja indiferentes, si nos parece útil y necesaria o superflua, si tiene un futuro brillante o desaparecerá, etcétera. En algunos casos, tal vez coincida nuestro conocimiento previo o el saber popular con lo que las actividades son en realidad; otras veces encontraremos disidencias y oposiciones. Es *importante* que seamos capaces de verlas y expresarlas, analizarlas y procurar que no traben nuestra decisión.

Estamos refiriéndonos a dos modos de acercarnos a las ocupaciones: uno consiste en volver nuestra mirada hacia el conocimiento que hemos adquirido informalmente a lo largo del tiempo; el otro supone acercarnos formal y activamente a las ocupaciones tal como son en este momento y en este país. Es importante poder sintetizar ambos conocimientos en una sola imagen actualizada y lo más objetiva posible. Esta es una tarea complicada, igual que las que nos proponíamos en el capítulo anterior y, como dijimos entonces, imprescindible para lograr nuestro objetivo: realizar la mejor elección vocacional posible.

Veamos algunos ejemplos de las cosas *que se dicen* o *se saben* sobre las ocupaciones:

—"La medicina es un sacerdocio; el médico tiene una vida sacrificada, sin horarios, y como retribución sólo espera el bienestar de sus pacientes."

—"La medicina es un puro comercio; los médicos tienen una vida fácil: operan de mañana, atienden algunas tardes el consultorio, y cobran lo que quieren, aprovechándose de que son imprescindibles."

Ambas versiones son contradictorias; nos vamos a encontrar con muchas ideas referidas a la medicina, incluso hablando con médicos. Y entonces nos preguntamos, ¿cómo es la medicina y cómo son los médicos?

—“En estos tiempos lo que el país necesita son técnicos altamente especializados para contribuir a su desarrollo tecnológico. El futuro estará en manos de ingenieros, operadores de máquinas electrónicas, analistas de sistemas, técnicos y obreros especializados.”

—“En cambio, filósofos, escritores, artistas y artesanos, pasan y pasarán penurias económicas.”

Otra vez encontramos un mundo dividido en *privilegiados* y *desheredados*, aquéllos que pueden hacer coincidir su vocación con las necesidades del país, con la demanda y oferta, y aquéllos cuya vocación parece estar fuera o al margen de las necesidades nacionales. Y nos preguntamos, ¿qué lugar tienen estas ocupaciones en nuestra sociedad actual y futura?

—“Lo más conveniente para la mujer es seguir una carrera corta y práctica, como por ejemplo, la docencia. Tarde o temprano llegará a ser esposa y madre, y eso es incompatible con el ejercicio de una profesión.”

—“Los muchachos tienen que pensar en el futuro, se casen o no. Estudiando, por ejemplo, teatro, su porvenir es incierto y serían mal vistos.”

¿Habrá entonces carreras y ocupaciones destinadas a las mujeres y a los varones? ¿Se obtiene prestigio y consideración social según la ocupación que se desempeñe? ¿Será incompatible la vida de hogar con el trabajo profesional?

—“Padre: si estudiás para doctor vas a ser respetado por todos, reconocido en todo el mundo, y te vas a *codear* con gente importante.”

—“Hijo: ¿Doctor en qué?”

—“Padre: Doctor... simplemente doctor.”

“Amigo 1: Si te metés en ciencias te quedás encerrado para toda la vida, ¿viste cómo son los científicos? Serios, anteojudos, con cara de inteligentes, poco sociables, no salen nunca, no saben divertirse...”

“Amigo 2: Sí, es cierto; las ciencias son frías, rigurosas y aburridas.”

“Amiga A: Las letras me encantan, dan cultura y además son más humanas que las ciencias. Te salvás de matemática y sabés cómo pensaron y cómo piensan las personas.”

“Amiga B: Sí, pero la *contra* que tienen es que son puro bla-bla-bla, muy en el aire y no tienen aplicación práctica. Sirven para uno, para ser más culta.”

¿Sabemos qué es un doctorado, qué es la ciencia, qué son las humanidades? ¿Existe algún tipo de ocupación que beneficie solamente al que la emprende?

Todas estas preguntas necesitan una respuesta que no supone solamente contestárselas a solas, sino que implica constatar nuestra respuesta —si es que la tenemos— con la realidad.

Esto nos sucede con las ocupaciones que de algún modo conocemos. Con respecto a las ocupaciones que desconocemos, persiste una cierta desconfianza, un cierto rechazo a conocerlas, a saber qué y cómo son. Esta actitud de quienes están buscando su futura ocupación es compartida en cierto modo por el saber popular, cristalizado en la frase: "Mejor malo conocido que bueno por conocer". Este dicho expresa algo natural: el temor frente a lo desconocido y el presentimiento de que tal vez sea necesario abandonar viejas creencias y opiniones. Ya hemos dicho anteriormente que esta tarea nos duele. Sin embargo, si nos preparamos adecuadamente para afrontarla, sabiendo que es un paso necesario para resolver el problema que nos ocupa, estaremos en mejores condiciones para llevarla a cabo.

Otro dicho popular expresa que "Las cosas tienen el color del cristal con que se miran"; y esto también es cierto cuando lo que *miramos* son las ocupaciones. Pero insistimos en que no es justo para con nosotros mismos tomar una decisión fundamental, como es la decisión vocacional, sobre la base de preconceptos. Tenemos que constatar si el *color* de las ocupaciones es el que *vemos* a través de nuestros *crisales*.

Cuando emprendemos la tarea de conocer y re-conocer las ocupaciones, puede pasarnos algo parecido a lo que nos sucede cuando conocemos gente. De pronto, nos presentan una ocupación que no conocíamos, o algún aspecto nuevo de una ocupación ya conocida, y nos sentimos fascinados, experimentamos una suerte de *amor a primera vista*. Tal como sucede en flechazos como éstos, ninguna opinión infundada puede hacer variar nuestra opción. No vaya a ocurrir que semejante *enamoramiento* se apague tan súbitamente como apareció y todo termine con una gran desilu-

sión. Igual que con las personas, necesitamos conocer a fondo nuestra ocupación antes de planear una vida en común. Estos casos de descubrimiento súbito, a veces, suelen estar apoyados en tendencias o modas, que se promueven por épocas en las que sólo oímos hablar de determinadas ocupaciones y que, luego, desaparecen de los primeros planos.

Vayamos ahora al encuentro de las ocupaciones. Habitualmente, el mundo ocupacional se nos aparece como un conjunto a veces difuso, otras ordenado con casilleros y divisiones.

Es frecuente que pensemos en las ocupaciones divididas según el tipo de satisfacción que brindan a quienes las ejercen. Se dice que ciertas ocupaciones proporcionan satisfacciones *espirituales* y otras, *materiales*. Porque se entiende que las primeras provienen de haber realizado una elección que permite el desarrollo de la *vocación*, mientras las satisfacciones *materiales* provienen de haber realizado una elección por conveniencia. En esta línea de pensamiento, se supone que quien elige por *vocación*, renuncia al bienestar, mientras que quien sacrifica su *vocación* recibe una compensación económica. Se piensa que las ocupaciones elegidas por vocación pertenecen al terreno de las ciencias o las humanidades; las *convenientes* son las actividades del campo práctico o comercial.

Sobre esa base, la decisión vocacional enfrentaría un renunciamiento: o bien se renuncia a la vocación o bien se renuncia al bienestar. En el capítulo anterior ya hemos aclarado qué entendemos por vocación, y sugerimos volver a leerlo.

El ideal buscado, entonces, es la ocupación que reúna ambos aspectos; sin embargo, como todo ideal parece inalcanzable. Dentro de ese razonamiento, es realmente inalcan-

zable porque el punto de partida es una clasificación excluyente de las ocupaciones. Si el obtener un tipo de satisfacción excluye al otro, mal puede encontrarse una actividad que los reúna.

Además, la elección entre *vocación* y *conveniencia* tiene otras implicaciones: *es bueno elegir lo espiritual y desechar lo material*. Y, sin embargo, aspirar a vivir bien, el bienestar, no son propósitos o finalidades reñidas con los valores espirituales. El bienestar debería provenir del esfuerzo y del trabajo personal. Si debemos esforzarnos por algo que no nos interesa, que no nos satisface, ¿no se verá disminuido nuestro rendimiento, y por ende, nuestros ingresos? ¿Acaso no nos pasa algo parecido con las materias y actividades del colegio que no nos gustan? ¿Podemos sacar buenas notas y estudiar a gusto una materia que nos desagrade o no nos interesa, aunque nos digan que es útil y conveniente para manejarnos en la vida, como, por ejemplo, los idiomas? ¿Podríamos, el día de mañana, trabajar a gusto y ganar mucho dinero realizando una tarea que no nos satisface plenamente?

La riqueza y la penuria económica no deberían ser características de ninguna ocupación; lo que nosotros hagamos de nuestra ocupación es lo que nos proporcionará mayor o menor bienestar en todos los aspectos.

También solemos dividir el mundo del trabajo entre áreas contrapuestas, como, por ejemplo, ciencias *versus* letras, actividades manuales *versus* actividades intelectuales. ¿Esto quiere decir que, por ejemplo, como el albañil pone ladrillos no piensa, o que la historia no es una ciencia?

Quien más, quien menos, todos nos hemos hecho estos planteos alguna vez. Además, cuando pensamos en ocupa-

ciones, pensamos en el nombre de una actividad, una carrera o una profesión, o en divisiones y clasificaciones de las mismas tan irreales como las que hemos visto anteriormente.

Difícilmente se nos ha ocurrido pensar cómo se integran las ocupaciones en una tarea concreta. Probablemente no se nos ha ocurrido pensar si pueden relacionarse un cocinero con un publicitario, un mosaísta con un abogado, un experto en investigación operativa con un periodista, o un sereno con un agrimensor. Por lo general, cuando pensamos en las ocupaciones, pensamos en quién y casi nunca en qué, cómo, dónde, por qué y para qué. Es decir, sabemos cómo se llama la ocupación y la persona que la desempeña, pero no sabemos de qué se ocupa esa persona en una tarea concreta, cómo y dónde puede desarrollar su actividad, por qué es necesaria en la comunidad y qué finalidad cumple.

Lo que aquí nos proponemos es sugerir un nuevo modo de conocer las ocupaciones, no ya desde el punto de partida de sus nombres en una lista o un índice, sino desde los diferentes tipos de problemas y necesidades sociales que resuelven los integrantes de una comunidad. Por este camino nos vamos a encontrar con problemas complejos que exigen para su solución una combinación de esfuerzos. O sea que la actividad de personas en diferentes ocupaciones se concentrará en la solución de un mismo problema. Veamos un ejemplo: el problema de la salud.

Toda sociedad o comunidad debe resolver de algún modo el problema del mantenimiento de la salud de sus miembros. Para ello es necesario que haya personas que se ocupen del saneamiento ambiental, de la educación de la gente sobre las enfermedades y su prevención, de la legislación adecuada sobre la salud, de la construcción de lugares apropiados para el tratamiento de los enfermos, de la recolección de datos

y realización de censos, de campañas de vacunación, de la formación de especialistas en el campo de la salud, de la fabricación, control y expendio de medicamentos, de la fabricación de instrumentos y elementos sanitarios, etc. Es decir que, en el campo de la salud, trabajan ingenieros, enfermeros, arquitectos, maestros, publicistas, constructores, estadígrafos, encuestadores, médicos, sociólogos, psicólogos, asistentes sociales, abogados, urbanistas, dietólogos, terapeutas ocupacionales, reeducadores, bioquímicos, farmacéuticos, vacunadores, visitadores sociales, técnicos electrónicos, etc.

Desde esta perspectiva, no existen divisiones entre ciencias y letras o humanidades, o trabajo manual y trabajo intelectual, tarea para mujeres o para varones, etcétera. Y lo que es más importante, considerar la tarea concreta nos permite juzgar si nos gusta o no, si nos interesa, nos atrae, etcétera. Si encontramos primero el área en que se centran nuestros intereses, luego será más fácil encontrar el nombre de la actividad que nos permitirá desarrollarlos. Si empezamos por el nombre a secas, limitaremos nuestra comprensión acerca de la misma. Por ejemplo, tendemos a pensar en medicina como una actividad que se desarrolla en un hospital o consultorio, que procura aliviar enfermos e investigar las causas de las enfermedades. Si, por el contrario, pensamos en el campo de la salud, descubrimos muchas posibilidades y problemas que no se nos habían ocurrido pensando sólo en el nombre medicina, y muchas actividades y ocupaciones entre las cuales puede estar la que buscábamos bajo el rótulo medicina, aunque no coincida exactamente con la carrera que se llama así.

La búsqueda del nombre de la carrera u ocupación es el último paso del proceso, no el primero como habitualmente se piensa.

Si nos proponemos pensar en las ocupaciones a partir de los problemas que resuelven, encontraremos diferentes modos de agruparlas u ordenarlas, ya sea teniendo en cuenta con qué objetos trabajan, con qué fines, con cuáles métodos, etcétera. Si, tenemos en cuenta el objeto de trabajo, veremos que es posible agrupar las ocupaciones en por lo menos tres grandes sectores: a) aquellas en las cuales las personas investigan los objetos de la naturaleza, los recursos naturales; b) las que se ocupan de la transformación de esos elementos en bienes; y c) las que se ocupan del hombre y la sociedad, de los productos del hombre. Estos tres sectores están interrelacionados, ya que quien se ocupa de los recursos naturales lo hace para convertirlos en bienes y esta tarea es un producto del hombre. O sea que si tenemos en cuenta su finalidad, las ocupaciones que antes habíamos diferenciado según su objeto de trabajo, ahora vuelven a reunirse. Sin embargo, esta tarea de buscar semejanzas y diferencias entre las ocupaciones, nos ayudará a encontrar el área de nuestros intereses.

Ahora bien, supongamos que hemos encontrado el área de nuestros intereses en alguno de los tres sectores que antes mencionáramos. Cada uno de estos sectores incluye muchas ocupaciones y el paso siguiente será averiguar cómo son esas ocupaciones, es decir, tenemos que conocer el campo profesional de las ocupaciones incluidas en el área de trabajo de nuestros intereses. Éste es el momento en que nuestra actividad se vuelve más intensa e incluye distintos tipos de tareas. Ya no nos alcanzará con pensar teóricamente sobre las ocupaciones, sus relaciones, semejanzas, diferencias y ordenamiento. Ahora tenemos que ir a *verlas* funcionando, elegir los lugares de trabajo que nos sean más accesibles para recorrerlos, averiguar quiénes trabajan allí, para qué,

con qué elementos, etcétera. Habitualmente, en las plantas industriales, empresas, organismos e instituciones encontramos diferentes tipos de profesionales y técnicos; nuestra tarea de averiguación deberá centrarse en su tarea concreta en ese lugar, pero no sólo en ella. También tendremos que investigar qué otras tareas están capacitados para realizar, en qué otros ámbitos, con qué otros elementos, y, finalmente, preguntar qué es la disciplina, técnica o arte que desempeña. Por ejemplo, si visitamos una planta industrial y encontramos ingenieros, técnicos mecánicos, expertos en seguridad, empleados de contaduría, etcétera, nos interesaremos por lo que hacen en ese trabajo, por lo que pueden hacer en otros lugares y también por averiguar qué es la ingeniería, qué es la técnica, qué es la contabilidad, etcétera.

Un hecho habitual pero que no siempre se tiene en cuenta es que una misma ocupación puede desarrollarse en ámbitos diferentes. Por ejemplo, un asistente social trabaja en las escuelas, hospitales, institutos penitenciarios, organismos municipales, plantas industriales, etcétera. Un electricista según su especialidad, puede trabajar en su propio taller, en una planta industrial, en una obra en construcción, en un taller de reparación de automóviles, en instituciones públicas, etcétera. Un ingeniero agrónomo puede desempeñarse en investigación de suelos, experimentación de distintos tipos de semillas, planificación de la producción agrícola, tareas docentes en un aula o en las comunidades rurales, etcétera. Comúnmente, tendemos a restringir al asistente social a hacer visitas domiciliarias, a ver al electricista arreglando enchufes y al agrónomo en el campo. Y estas distorsiones o restricciones, limitan nuestro conocimiento de las ocupaciones y —en consecuencia— nuestras posibilidades de elección.

Resumiendo, nuestra tarea de información sobre el campo profesional de las ocupaciones incluidas en nuestra área de intereses, nos llevará sucesivamente a conocer:

- lugares de trabajo y personas que desempeñan una ocupación determinada en ellos;
- otros trabajos que esas personas están capacitadas para realizar, otros ámbitos o lugares de trabajo posibles para cada ocupación;
- de qué trata la disciplina, arte, ciencia o técnica en cuestión, en términos generales, qué problemas enfrenta, con qué medios y herramientas, con qué fines;
- cuál es la preparación básica para aprenderla, y si la actividad supone un estudio previo;
- dónde se estudia, cómo se llama el lugar donde se aprende, qué requisitos se necesitan para estudiarla, qué duración tienen los estudios, cuándo comienza el año lectivo, etcétera.

Este es un programa muy amplio de información que, a veces, es irrealizable para cada uno de nosotros por nuestra cuenta. Pero es posible realizarlo organizándose en equipos y repartiendo la tarea; del intercambio de averiguaciones puede surgir el panorama completo de datos que necesitamos. A continuación, presentaremos algunas sugerencias para complementar nuestro plan de información.

En nuestra tarea de recabar datos sobre las ocupaciones, nada de lo que averigüemos es inútil o superfluo, si bien por momentos tengamos la sensación de que nos confundimos más. El plan de información preferiblemente debe ser personal, de cada uno, ya que no hay nadie más capacitado que nosotros mismos para saber y detectar nuestros puntos débiles, lagunas o fallas en la información; por lo tanto, el plan que sugerimos no debe ser tomado como una *receta* para seguir paso a paso, si bien todos los puntos que mencionamos deberían estar presentes en el plan de información de cada uno.

- Aprovechar los lugares de trabajo a los que concurrimos habitualmente —por ejemplo, el consultorio del dentista, la escuela, la oficina, etc.— para recoger datos sobre la ocupación que desempeña la persona que nos atiende;
- tomar un papel activo visitando lugares de trabajo que no conocemos hasta ahora. Para ello, tengamos en cuenta que muchas empresas, instituciones y organismos públicos y privados organizan visitas guiadas periódicamente. En estas visitas no sólo habrá que mirar sino también preguntar, hablar, y tal vez anotar lo que vayamos averiguando;
- hablar con estudiantes, profesores y profesionales no sólo de su actividad sino también del estudio o entrenamiento que han recibido. En estos casos, como ya hemos visto antes, no es conveniente quedarse con una sola versión;
- visitar —dentro de lo posible— establecimientos de enseñanza donde se dictan cursos, carreras, etc., a fin de

averiguar datos sobre los estudios, cursos de ingreso, campos profesionales, etc.;

- revisar la bibliografía que citamos en el Apéndice leyendo no sólo sobre lo que nos interesa, sino también sobre lo que creemos que no nos interesa;
- leer toda posible publicación, artículo, libro de divulgación o introductorio a las diferentes disciplinas científicas, ramas técnicas y artísticas. Consideramos de suma utilidad consultar ficheros de bibliotecas, catálogos de editoriales, especialistas o libreros.

En el capítulo anterior nos hemos referido a las ocupaciones, a los diferentes tipos de tareas que se pueden realizar en la comunidad. Cualquier tipo de trabajo que realicemos supone un primer período de aprendizaje. En algunos casos, el aprendizaje se realiza mediante la práctica; otras veces, hace falta complementarla con un aprendizaje teórico, es decir, que hay que realizar estudios específicos.

En este capítulo, veremos cuál es la *estructura de los estudios* en nuestro país, sus diferentes niveles y características, y los organismos estatales que los centralizan y proveen información acerca de ellos.

El primer nivel de estudios es la *escuela primaria*, los siete grados obligatorios en la Argentina y en la mayoría de los países del mundo. Por lo general, la enseñanza de este nivel está a cargo de un maestro/a y en él se aprenden los conocimientos básicos del idioma nacional, lectura y escritura; de la matemática, historia, geografía, biología, dibujo y música. Los programas de enseñanza y el período de clases están adaptados a las distintas zonas del país, y a la edad y necesidades de los alumnos.

La información referente a las escuelas de nivel primario está centralizada por el Consejo Nacional de Educación, los Ministerios de Educación provinciales, Municipalidades, Dirección Nacional de Educación del Adulto, Centros de Infor-



mación Educativa, Consejo Nacional de Educación Técnica (CONET).

Al finalizar el último grado, el Estado otorga el certificado que acredita haber completado los estudios primarios.

Cumplido el ciclo primario se abren diversas posibilidades de estudio, inclusive de nivel universitario. Por ejemplo, en la Universidad de Buenos Aires, las Facultades de Agronomía y Veterinaria y la de Odontología, dictan cursos para egresados del ciclo primario. Por lo general, los *estudios post-primarios* comprenden cursos que preparan para trabajos específicos, como por ejemplo, secretariado, dibujo, manualidades, ventas, jardinería, reparación de máquinas, carpintería, enfermería, etc. Estos cursos se dictan, por ejemplo, en las Escuelas Profesionales y de Oficios, en las Universidades Populares, Escuelas Municipales, etcétera.

La información sobre los cursos post-primarios puede encontrarse en dependencias de los Ministerios de Educación, Municipalidades, Secretarías de Estado, Centros de Información Educativa, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Universidades Populares, Consejo Nacional de Educación Técnica.

Otra posibilidad para el egresado del ciclo primario son los *estudios secundarios*. El ciclo secundario se divide en dos períodos: el ciclo básico de tres años de duración y el ciclo superior de dos o tres años. Existen algunas escuelas provin-

ciales en las que se está ensayando un nuevo ciclo de ocho años de duración con especialización.

Por lo general, el sistema de enseñanza comprende siete, diez o más materias por año, dictadas por diferentes profesores, con exigencias específicas sobre la promoción, asistencia, eximición, exámenes, comportamiento y rendimiento.

Durante el *ciclo básico*, o sea los tres primeros años del secundario, se profundizan y amplían los estudios relativos al idioma nacional, matemática, geografía, historia, instrucción cívica, ciencias naturales, dibujo, música y se introduce el estudio de un idioma extranjero. Durante este ciclo, todas las escuelas secundarias imparten conocimientos similares tendiendo a unificar la enseñanza en este primer nivel, de modo tal que no sea necesario rendir exámenes de equivalencia para pasar de un tipo de enseñanza a otra. Las ramas del secundario son el magisterio, bachillerato, comercial e industrial, a las que se agregan algunos estudios especiales como los bachilleratos, normales y comerciales con ciclos de seis años, los dependientes de las Universidades Nacionales, bachilleratos agrícolas, artísticos, administrativos y técnicos.

Al iniciarse el *ciclo superior*, cada escuela enseña materias específicas según su rama de especialización, razón por la cual el cambio de especialidad exige ciertos requisitos que pueden ser averiguados en las escuelas mismas y en dependencias del Ministerio de Educación correspondiente. También allí debe buscarse la información relativa a las equivalencias de títulos secundarios.

La información sobre los estudios secundarios puede recabarse en los Ministerios de Educación, Municipalidades,

Consejo Nacional de Educación Técnica (CONET), Universidades Nacionales, Centros de Información Educativa, Direcciones de Psicología provinciales, Dirección Nacional de Enseñanza Media, Normal y Superior, Dirección Nacional de Educación del Adulto, Ministerio del Interior.

Finalizados los estudios secundarios, el Estado otorga el certificado de estudios con mención de la especialidad cursada: por ejemplo, maestro, bachiller, perito mercantil, maestro mayor de obras, perito minero, perito agrotécnico, bachiller agrícola-ganadero, dibujante constructor, etcétera.

El siguiente nivel es el de los *estudios superiores*. Existen por lo menos tres clases de estudios en este nivel: 1) los que consisten en el perfeccionamiento, profundización o especialización de los estudios secundarios ya cursados; 2) los estudios superiores no universitarios, y 3) los estudios universitarios.

Entre los primeros, se encuentran los cursos que dictan los Institutos de Perfeccionamiento Docente, Institutos del Profesorado, Institutos de Capacitación Docente Especial, Institutos de Educación Física. Por lo general, estos cursos tienen una duración entre uno y cuatro años, se exige un porcentaje de asistencia obligatoria y la realización de trabajos prácticos.

Entre los segundos, se encuentran los cursos sobre temas específicos, no relacionados con los estudios cursados en el nivel secundario, tales como los que dictan los Institutos de Servicio o Asistencia Social, los Institutos de Bibliotecología,

logía, Academias de Bellas Artes, Instituto Superior de Enseñanza Radiofónica, Escuela Superior de Enfermería de Santa Fe, Escuela de Música de Resistencia, etcétera.

Los estudios universitarios comprenden cursos de ingreso, carreras mayores y menores, y cursos de perfeccionamiento para graduados. A continuación, daremos un esquema general del sistema de *enseñanza universitaria*.

Cada universidad está compuesta por Facultades y Departamentos que centralizan los cursos de las diferentes carreras; algunas de ellas exigen como requisito la aprobación de un curso de ingreso o ciclo básico, cuya duración oscila entre un mes y un año. En algunas Universidades, el curso de ingreso puede ser reemplazado por un examen libre que equivale al curso. La información sobre las condiciones de ingreso puede solicitarse en las Oficinas de Alumnos o Mesa de Entradas de las respectivas Facultades.

Cada carrera tiene un plan de estudios, es decir, un conjunto de materias, cuya duración puede ser anual, semestral o cuatrimestral. Además, suele haber materias obligatorias y optativas; las materias de los primeros años de estudios suelen ser obligatorias, o sea que el alumno no puede elegir cuáles cursar. En cambio, en los últimos años de estudio, el estudiante puede elegir entre un conjunto de materias para completar su carrera, siempre que se respeten los requisitos de correlatividad (orden sucesivo) y el número de materias exigidas.

Cada materia tiene un programa de estudios que abarca temas que se dictan en las clases teóricas y en las clases de

trabajos prácticos. La asistencia a las clases teóricas es libre, es decir, no obligatoria aunque recomendable, ya que en ellas el profesor titular o asociado expone los temas del programa. En cambio, la asistencia a los trabajos prácticos es obligatoria en un porcentaje fijado en cada caso. En estas clases, los estudiantes realizan tareas coordinadas por los ayudantes y jefes de trabajos prácticos. Aquí el contacto entre los estudiantes y los docentes es más estrecho, ya que, por lo general, se realizan en pequeños grupos, a diferencia de las clases teóricas que suelen ser más numerosas.

Los estudiantes que asisten con regularidad a las clases prácticas y aprueban los trabajos programados, son considerados alumnos regulares. Para ser promovidos, deben aprobar los exámenes parciales y los exámenes finales. Los alumnos libres, sólo rinden exámenes finales. En algunas materias, la promoción se realiza mediante la aprobación de trabajos de investigación, monografías, o la asistencia y participación en las clases.

Cuando se han aprobado todas las materias del plan de estudios, se obtiene el título universitario. Este título habilita al graduado para el ejercicio de su profesión. Además, las universidades otorgan el grado de doctor, título que se obtiene mediante la realización de un trabajo original y la presentación de una tesis. El grado de doctor no se obtiene automáticamente al graduarse; es un título académico u honorífico que no habilita para el ejercicio profesional, sino que premia o distingue un trabajo original en la especialidad elegida. No es requisito para el desempeño profesional del graduado universitario.

Finalmente, las universidades otorgan certificados a los graduados que aprueben los cursos de especialización que en

ellas se dictan, a veces anualmente, otras, organizados especialmente por los Departamentos de Graduados.

La información referente a los estudios superiores puede solicitarse en las Universidades Nacionales y en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

NOTA: En momentos de imprimirse esta *Guía*, las autoridades de la Secretaría de Cultura y Educación han dado a conocer un anteproyecto de reformas a la estructura educativa en todos los niveles. Sin embargo, hasta tanto sea sancionada la ley correspondiente, continúa en vigencia la actual estructura de los estudios, con excepción de las modificaciones introducidas en la carrera del magisterio a partir del curso lectivo de 1969.



Conclusión

- Supongamos que se nos han dado las condiciones ideales:
- que hemos pensado en nosotros mismos;
 - que hemos dialogado con los demás: familia, profesores, amigos, profesionales, estudiantes, etcétera;
 - que hemos averiguado todos los datos que creemos necesarios;
 - que no lo hemos dejado para último momento, es decir, que nos hemos dado el tiempo necesario para decidir.

Aun en estas condiciones, puede suceder que no hayamos podido llegar a una decisión. Obviamente en este caso, necesitamos una *ayuda especializada*. ¿Qué quiere decir una ayuda especializada? Antes hemos hablado de personas a las que podemos recurrir y que nos pueden ayudar en lo que les compete. Ahora nos referimos a personas cuyo trabajo profesional consiste específicamente en ayudarnos a resolver nuestras dudas vocacionales. Concretamente, nos referimos a los *licenciados en psicología especializados en orientación vocacional*.

¿Qué es lo que se espera habitualmente de dichos profesionales? Por tratarse de una profesión joven en nuestro país (por ejemplo, en la Universidad de Buenos Aires la carrera de Psicología fue creada en el año 1957), es poco conocida y, en el saber popular, circulan una serie de malentendidos al respecto. En los últimos años, revistas y personas de la más diversa índole han divulgado aspectos de la tarea pro-

fesional de los licenciados en psicología, no siempre de la manera más adecuada.

Entre estos aspectos, uno de los más divulgados es el de los famosos tests, que se han convertido así en una especie de varita mágica capaz de solucionar de un solo pase los más complejos y profundos problemas humanos.

Uno de esos problemas es el que nos ocupa en esta *Guía*, el de la elección vocacional. Todos pensamos alguna vez en hacernos el test. La palabra test parece una especie de sésamo que abre infaliblemente la puerta de la solución acertada, inhallable por otra vía. Sin embargo, quienes se han sometido al test con la esperanza de encontrar algo recóndito e ignorado acerca de ellos mismos, a menudo se han visto defraudados.

Veamos algunos ejemplos. Un muchacho estaba muy ansioso por conocer su capacidad intelectual y se había hecho un test. Le informaron que su cociente intelectual era de 120. Él creyó que ése iba a ser el principio de la solución, pero, preguntaba: "¿Y para qué me sirve este 120, para qué carrera me habilita?" Y reflexionaba que, en realidad, para cualquier actividad se necesita capacidad. El saber cuánto no le resolvía el problema de qué estudiar.

Una chica había logrado saber por el test que tenía aptitudes para la música, el dibujo (algo que ya sabía), que le gustaba trabajar con gente, que tenía interés por la naturaleza, y cierto grado de estabilidad afectiva. Se preguntaba: "¿En qué actividad se reúnen todas esas aptitudes? ¿Qué carrera me conviene más: la docencia, la geología, asistencia social, decoración o agronomía?"

Otro muchacho había encontrado una vaga descripción de sí mismo en el resultado del test, junto con el consejo de seguir una carrera científica. Y decía, "¿Acaso no todas las disciplinas son científicas?"

Otro ejemplo: El de una chica cuyo test había respondido a secas *Historia*. Ella siguió fielmente el consejo y llegó hasta segundo año. Entonces se dio cuenta de que quería ser arquitecta. Y ya había aprobado un curso de ingreso y doce materias de la licenciatura en historia...

Es importante saber que un test es un instrumento creado por y para los psicólogos, quienes lo utilizan en su trabajo en las situaciones donde consideran que puede ser de utilidad. Podríamos decir que un test es al psicólogo lo que una radiografía es al médico. Cuando consultamos a un médico y éste necesita averiguar o confirmar lo que nos pasa, se vale de recursos diagnósticos como las radiografías, los análisis, etcétera. Otro tanto pasa cuando consultamos a un licenciado en psicología; sus recursos diagnósticos son las entrevistas, los tests, etcétera. Ninguno de nosotros esperó nunca curarse una fractura, conociendo el informe de la radiografía, aunque este informe nos fuera exhaustivamente explicado por el médico. Es absurdo que pensemos, como las personas de nuestros ejemplos anteriores, que podemos curar nuestro problema vocacional conociendo el resultado de un test de inteligencia u otros.

Además, es ilógico pensar que nos vamos a hacer tomar un test. Tanto el médico como el licenciado en psicología son quienes deciden —según su criterio— qué recurso diagnóstico es necesario usar en cada situación. Y también son ellos los únicos capacitados para interpretar el resultado de un test u otro instrumento diagnóstico, y decidir en conse-

cuencia los pasos siguientes a la consulta. A ninguno de nosotros se nos ocurriría tratar de dilucidar el resultado de un electrocardiograma y decidir qué nos conviene hacer. Sólo quien tiene la preparación y experiencia específicas puede manejar con corrección el resultado de instrumentos de diagnóstico como un test psicológico o una radiografía.

Los medios de divulgación nos muestran habitualmente que no reúnen características de seriedad científica. Más bien, parecen juegos de magia. Y cuando se habla de magia, la tentación es grande. Para resistirla baste recordar que estamos en juego nosotros mismos, y eso es algo serio.

Un test no es un certificado de garantía sobre el éxito y la adecuación a determinada actividad; tampoco es un instrumento de adivinación del futuro. En el mejor de los casos, aplicado e interpretado en las condiciones de seriedad y responsabilidad a que aludiéramos antes, puede ser una buena imagen del presente, que permite inferir rasgos del pasado y hacer pronósticos. Esto último se acerca más a las necesidades de quien está tratando de elegir su futura ocupación. Sin embargo, este pronóstico nunca asumirá la forma del nombre de una carrera, trabajo o especialidad. Y mucho menos podrá asumir por nosotros una decisión.

Todas estas reflexiones tienen un propósito: aclarar malentendidos o falsas creencias acerca de un valioso instrumento de diagnóstico e investigación, el test psicológico. Y lo hacemos para prevenir frente a ofrecimientos, anuncios o sugerencias, que pueden coincidir con el deseo de resolver el problema de la elección vocacional por medio de la aplicación de tests. Creemos haber aclarado suficientemente en qué condiciones y quiénes hacen de los tests un uso debido. Pero, igual que en otros órdenes de la vida, existen personas e instituciones que *venden* productos parecidos, *imita-*

ciones. Contra eso queremos prevenirlos, y estamos seguros de que sabrán defender el derecho a contar con el asesoramiento y la ayuda de quienes están realmente capacitados para brindarla.

Ahora, ustedes se estarán preguntando: ¿en qué puede ayudarnos un licenciado en psicología?

—En esclarecernos acerca de nosotros mismos para que podamos ver dónde y cómo estamos y hacia dónde, cómo, por qué y para qué seguir adelante.

—En mostrarnos las posibilidades ocupacionales que nos brinda nuestro país y esclarecer nuestras dudas acerca de ellas.

Este asesoramiento, como ustedes se dan cuenta, no se encuentra en ningún *test* ni en la ayuda de buena voluntad que se nos ofrezca, pero que no sea la ayuda especializada de que hemos hablado antes. De cualquier modo, aún en este caso sólo nos ayudará a pensar en el problema de la elección vocacional y de ninguna manera elegirá por nosotros.

La decisión final surgirá —como hemos dicho anteriormente— de un largo proceso que, como tal, tiene una serie de etapas que no pueden saltarse. Cada etapa plantea situaciones problemáticas distintas, que requieren distinto tipo de asesoramiento.

Hacia los doce años, aproximadamente, empezamos a descubrir y observar el mundo que nos rodea con un mayor sentido de realidad. En ese momento, nuestro problema no es tomar la decisión sobre el lugar que vamos a ocupar en ese mundo, sino tratar de conocerlo y entenderlo. El ases-

ramiento que nos sirve en este momento es el que nos permite conocer lugares de trabajo, averiguar cómo es el mundo del trabajo, cómo son y para qué sirven las distintas disciplinas científicas, y aclarar nuestras dudas al respecto.

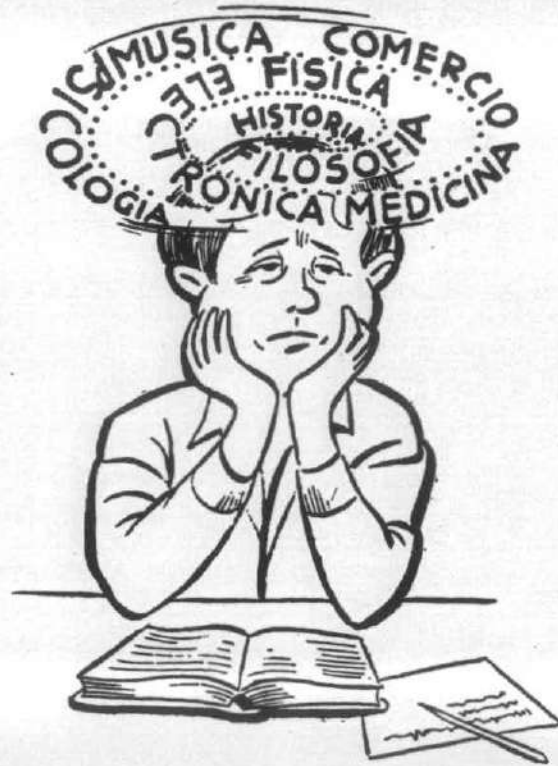
En cambio, alrededor de los dieciocho años estamos en plena crisis de decisión. En este momento, recoger datos sobre el mundo ocupacional como única tentativa de solución puede ser un engaño. Porque, si bien es cierto que necesitamos estar informados para poder elegir, el problema central a resolver exige que tengamos en cuenta otras vías para llegar a la decisión. De lo contrario, caeremos en un círculo vicioso: como no estamos decididos, no buscamos datos, y no nos podemos decidir por falta de datos. Ahora, el asesoramiento que necesitamos es que se nos ayude a pensar acerca de nosotros mismos y del por qué no podemos tomar una decisión.

Antes de finalizar, queremos puntualizar dos aspectos importantes del problema que nos ocupa:

1. Lo ideal sería que la escuela a la que concurrimos contara con personal especializado en orientación vocacional, para que pudiera acompañarnos con el asesoramiento adecuado a lo largo del proceso de elección vocacional. Esto nos ahorraría tomar el asesoramiento como último recurso, cuando ya estamos *con la soga al cuello*, es decir obligados a tomar la decisión con carácter de urgencia y, por lo tanto, expuestos a equivocarnos.
2. En todos los casos, cualesquiera sean las condiciones en que nos encontremos, debemos pensar siempre que la elección vocacional es una *tarea personal*, que nadie

tiene el derecho de elegir —bien o mal— por nosotros, y que, por consiguiente tenemos que defender nuestro propio derecho a elegir lo que es y será nuestro.

El asumir el derecho de elegir por nosotros mismos, nos obliga a hacernos responsables de nuestra decisión.



Guía para la lectura de un plan de estudios universitario

Los planes de estudios de las carreras universitarias pueden solicitarse en las respectivas Facultades. Sin embargo, creemos que su consulta se puede facilitar si recordamos que:

- la lista de materias puede aparecer ordenada por años de estudio, cuatrimestres o semestres;
- la mayoría de las carreras tiene materias introductorias, materias básicas obligatorias y materias del ciclo superior o especialización optativas.

A continuación, presentamos un esquema en el que se ejemplifican las materias de *algunas* carreras universitarias. Sólo se nombran las materias cuyo contenido es posible deducir por su nombre. Estas materias se encontrarán en la mayoría de los planes de estudios de las carreras a que pertenecen, cualquiera sea la Facultad en que se dicten.

CIENCIAS DE LA VIDA (Biología, Agronomía, Veterinaria y afines).

Biología: Botánica, Zoología, Genética, Anatomía y Fisiología Vegetal y Animal, Oceanografía, Biología Pesquera, Fotografía, etcétera.

Agronomía: Física y Química Biológica, Botánica y Zoología Agrícola, Climatología, Mecánica Aplicada, Economía y Legislación Rural, etcétera.

Veterinaria: Anatomía e Histología Animal, Clínica de Animales, Física y Química Biológica, Patología Médica, Zootecnia, etcétera.

CIENCIAS DE LA TIERRA (Geología, Meteorología y afines).

Geología: Mineralogía, Paleontología, Yacimientos minerales, Geología del petróleo, Mecánica de los suelos, Geofísica, Geoquímica, etcétera.

Meteorología: Análisis Matemático, Física, Álgebra, Elementos de Probabilidad y Estadística, Climatología, Termodinámica de la Atmósfera, Instrumentos y Métodos de Observación, etcétera.

CIENCIAS BÁSICAS (Matemática, Física, Química y afines).

Matemática: Análisis Matemático, Álgebra, Geometría, Física, Elementos de Probabilidad y Estadística, Cálculo numérico, Cibernética, Filosofía de la Ciencia, Máquinas de Calcular, etcétera.

Física: Análisis Matemático, Química General e Inorgánica, Física Moderna, Mecánica, Física Teórica, Física Nuclear, Electrónica, etcétera.

Química: Química Analítica, Química General e Inorgánica, Química Orgánica, Física, Análisis Matemático, Química Industrial, etcétera.

CIENCIAS DEL HOMBRE I (Medicina, Farmacia, Odontología, Enfermería y afines).

Medicina: Anatomía Normal, Histología, Física y Química Biológica, Patología, Psicología Médica, Farmacología, Cirugía, Pediatría, etcétera.

Farmacia: Matemática, Química, Física, Biología, Farmacotecnia, Bromatología, Microbiología, Análisis Clínicos, Inmunología, etcétera.

Odontología: Anatomía, Embriología e Histología, Anatomía y Fisiología Patológicas, Patología y Clínica Buco-dental, Cirugía, etcétera.

Enfermería: Fundamentos de Enfermería, Anatomía e Histología, Dietética, Enfermería Médico-Quirúrgica, Saneamiento Ambiental, etcétera.

CIENCIAS DEL HOMBRE II (Antropología, Ciencias de la Educación, Psicología, Sociología, Asistencia Social y afines).

Antropología: Folklore General, Prehistoria y Arqueología Americana, Prehistoria del Viejo Mundo, Geografía Humana, Lingüística, Antropología Social, etcétera.

Ciencias de la Educación: Pedagogía, Historia de la Educación, Didáctica General, Psicología de la Niñez y de la Adolescencia, Política Educacional, Pedagogía Diferencial, Filosofía de la Educación, etcétera.

Psicología: Psicología General, Psicología Social, Psicología de la Personalidad, Relaciones Humanas, Delincuencia Juvenil, etcétera.

Sociología: Historia Social General, Elementos de Metodología Estadística, Introducción a la Economía, Sociología Argentina, etcétera.

Asistencia Social: Nociones de Derecho, Psico-pedagogía Asistencial, Higiene y Medicina Social, Técnica Penitenciaria, Economía Social, Sociología y Antropología Cultural, etcétera.

CIENCIAS DEL HOMBRE III (Abogacía, Contador Público, Administración de Empresas, Actuario, Traductor Público y afines).

Abogacía: Derecho Civil, Derecho Penal, Derecho Político, Derecho Romano, Derecho Comercial, Derecho Procesal, Sociología, etcétera.

Contador Público: Contabilidad General, Teoría y Técnica Impositiva, Economía de la Empresa, Derecho Privado, Matemática Financiera, etcétera.

Administración de Empresas: Administración General, Control y relaciones públicas de los negocios, Finanzas Públicas, Derecho del Trabajo, etcétera.

Economía Política: Principios de Economía Política, Teoría de la Producción, Distribución y Consumo, Economía Internacional, etcétera.

Actuario: Análisis Matemático, Matemática Financiera, Estadística, Previsión Social, Análisis numérico y métodos especiales de cálculo, Principios de Economía Política, etcétera.

Traductor Público: Instituciones de Derecho Público, Lengua, Derecho Privado, Régimen Legal de Traductor Público, etcétera.

CIENCIAS DEL HOMBRE IV (Filosofía, Historia, Letras y afines).

Filosofía: Historia de la Filosofía, Lógica, Ética, Filosofía de la Ciencia, Estética, Filosofía e Historia de las Religiones, etcétera.

Historia: Historia Antigua, Medieval, Moderna y Contemporánea, Historia del Arte, Historia de América, Historia de España, etcétera.

Letras: Lingüística, Literatura Española, Literatura Argentina, Literatura Francesa, Literatura Inglesa, Gramática Castellana, etcétera.

TECNOLOGÍA (Ingeniería, Arquitectura y afines).

Ingeniería: Matemática, Geometría, Física, Química, Taller, Estabilidad, Termodinámica, Mecanismos, Electrotecnia, etcétera.

Arquitectura: Introducción a la Construcción, Elementos de Diseño Arquitectónico, Urbanismo, Especificación y Dirección de obras, Construcciones, Historia de la Arquitectura y del Arte, etcétera.

Bibliografía

La lista que presentamos a continuación servirá como ilustración o ejemplo de las publicaciones que contienen datos sobre estudios y ocupaciones; pueden ser solicitadas en bibliotecas, librerías y en los organismos que las editan.

- Nómina de escuelas: Consejo Nacional de Educación, Pizzurno 935, Capital Federal. (Información sobre escuelas de todo el país).
- Nómina de establecimientos de enseñanza media y superior (de todo el país): Consejo Nacional de Documentación e Información Educativa, 1966, Parera 55, Capital Federal.
- Guías y folletos del Consejo Nacional de Educación Técnica (CONET), Bolívar 191, Capital Federal (establecimientos de todo el país).
- Guía de la Universidad de Buenos Aires: Viamonte 444, Capital Federal.
- Guía de la Universidad Nacional de La Plata: Calle 7 N° 776, La Plata, provincia de Buenos Aires.
- Guía de la Universidad Nacional de Córdoba: Trejo y Sanabria 242, Córdoba. Representación en la Capital Federal: Tacuarí 237, 2° piso, oficina 24.

- Guía de la Universidad Nacional de Cuyo: Rivadavia 65, Mendoza. Representación en la Capital Federal: Las Heras 2545, 3er. piso.
- Guía de la Universidad Nacional del Litoral: Boulevard Pellegrini 2750, Santa Fe.
- Guía de la Universidad Nacional del Nordeste: 25 de Mayo 868, Corrientes.
- Guía de la Universidad Nacional de Tucumán: Ayacucho 482, Tucumán. Representación en la Capital Federal: Uruguay 864, 2º piso, oficina 205.
- Guía de la Universidad Nacional del Sur: Avenida Colón 80, Bahía Blanca.
- Guía de la Universidad Tecnológica Nacional: Callao 660, 1er. piso, Capital Federal.
- Guía del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas; Rivadavia 1917, Capital Federal (carreras superiores de todo el país).
- Guías de Facultades, publicadas por algunas Facultades de las Universidades Nacionales.
- Clasificación Uniforme de las Ocupaciones: Organización Internacional del Trabajo (OIT).

Anotaciones personales

ÍNDICE



Si yo tuviera la suerte de él,
no estaría tan preocupado
como estoy pág. 7

Desde mañana voy a aprender
costura para hacerme mi ropa.
¡Qué bien! Pensá que además algún
día te puede servir como
medio de vida pág. 7



Cuando era chica estaba tan segura
de lo que me gustaba ser
...Ahora hay días que quiero ser
de todo y otros que no
me gusta nada... pág. 13

La vocación viene con uno,
el asunto es descubrirla.
Y eso, ¿cómo se hará? Yo,
por más que busco algún indicio,
no siento nada pág. 13



A mí me gustan las ciencias exactas.
Pero, ¿no me deshumanizarán?
Puede ser, pero las humanidades
son puro bla-bla-bla pág. 33

El: ¿sabés que voy
a hacer un curso
de decoración de interiores?
Ella: ¿Eso vas a estudiar?
Igual que dos amigas mías...
¿No te parece que es una carrera
para mujeres? pág. 33



¿Habrá alguna carrera corta que no
sea un profesorado? pág. 51

No sé qué hacer... Comercial
no me gusta, bachillerato es algo
que no sirve para trabajar,
el industrial es largo
y el magisterio es para
las mujeres pág. 51



Yo no me preocupo. Cuando llegue
el momento me hago el test
y ya está pág. 59

Hija: ¿quién me puede aclarar
las dudas que tengo sobre
mi vocación?
Madre: no sé... pero voy
a preguntarle a una amiga mía
que sabe de esas cosas pág. 59



¡Qué confusión! ¿Dónde se estudiarán
todas estas cosas?
¿Dónde se podrá averiguar? pág. 67

No sé qué materias tiene
la carrera que elegí.
Y... debe haber alguna guía.
Si no, andá a la Facultad
y averiguá pág. 67

Bibliografía pág. 73

Anotaciones Personales ... pág. 75

Impreso en los Tall. Gráf. GARAYOND S.C.A.,
Cabrera 3856, Bs. Aires, en diciembre de 1972.